

TEXTO 3.

“Sin embargo, pasemos ahora a un examen más detallado del estado en que la guerra social sume a la clase que no posee nada. Veamos qué salario la sociedad paga al trabajador a cambio de su trabajo, bajo forma de vivienda, de vestido y de alimentación, qué existencia asegura a aquellos que contribuyen más a la existencia de la sociedad. Consideremos primeramente la vivienda.

Toda gran ciudad tiene uno o varios "barrios malos", donde se concentra la clase obrera. Desde luego, es frecuente que la pobreza resida en callejuelas recónditas muy cerca de los palacios de los ricos; pero, en general, se le ha asignado un campo aparte donde, escondida de la mirada de las clases más afortunadas, tiene que arreglárselas sola como pueda. En Inglaterra, estos "barrios malos" están organizados por todas partes más o menos de la misma manera, hallándose ubicadas las peores viviendas en la parte más fea de la ciudad. Casi siempre se trata de edificios de dos o una planta, de ladrillos, alineados en largas filas, si es posible con sótanos habitados y por lo general contruidos irregularmente. Estas pequeñas casas de tres o cuatro piezas y una cocina se llaman cottages y constituyen comúnmente en toda Inglaterra, salvo en algunos barrios de Londres, la vivienda de la clase obrera. Las calles mismas no son habitualmente ni planas ni pavimentadas; son sucias, llenas de detritos vegetales y animales, sin cloacas ni cunetas, pero en cambio sembradas de charcas estancadas y fétidas. Además, la ventilación se hace difícil por la mala y confusa construcción de todo el barrio, y como muchas personas viven en un pequeño espacio, es fácil imaginar qué aire se respira en esos barrios obreros. Por otra parte, las calles sirven de secaderos, cuando hace buen tiempo; se amarran cuerdas de una casa a la de enfrente, y se cuelga la ropa mojada a secar.

.....en St. Giles sólo se ve gente de la clase obrera. Las calles sirven de mercado: cestas de legumbres y de frutas, naturalmente todas de mala calidad y apenas comestibles, dificultan mucho más el tránsito, y de ellas emana, como de las carnicerías, un olor nauseabundo. Las casas están habitadas desde el sótano hasta el techo, tan sucias en el exterior como en interior, y tienen un aspecto tal que nadie tendría deseos de vivir en ellas.

Pero eso no es nada comparado con los alojamientos en los patios y las callejuelas transversales a donde; se llega por pasajes cubiertos, y donde la inmundicia y el deterioro por vejez exceden la imaginación. No se ve, por decirlo así, un solo vidrio intacto, los muros están destrozados, las guarniciones de las puertas y los marcos de las ventanas están rotos o desempotrados, las puertas -si hay- hechas de viejas planchas clavadas juntas; aquí, incluso en este barrio de ladrones las puertas son inútiles porque no hay nada que robar. Por todas partes los montones de detritos y de cenizas y las aguas usadas vertidas delante de las puertas terminan por formar charcas nauseabundas. Aquí es donde viven los más pobres de los pobres, los trabajadores peor pagados, con los ladrones, los estafadores y las víctimas de la prostitución, todos mezclados: La mayoría son irlandeses o descendientes de irlandeses, y aquellos que aún no han naufragado en el torbellino de esta degradación moral que los circunda, se hundan cada día más, pierden cada día un poco más la fuerza de resistir a las influencias desmoralizadoras de la miseria, de la suciedad y del medio ambiente.

Pero St. Giles no es el único "barrio malo" de Londres.

(.....) en las casas de los pobres de Edimburgo. Las gallinas usan los largueros de las camas para dormir, los perros y hasta caballos duermen con los hombres en una sola y misma pieza, y la consecuencia natural es que una suciedad y un hedor espantosos colman esas viviendas, así como un ejército de parásitos de toda especie. La forma en que está construida Edimburgo favorece en el más alto grado este horroroso estado de cosas: La vieja ciudad está construida en las dos vertientes de una colina, sobre cuya cima se halla la Calle Alta (High Street). De ésta parten, de ambos lados, una multitud de callejuelas estrechas y tortuosas, llamadas wynds debido a sus numerosas sinuosidades, que descienden de la colina y constituyen el barrio proletario. Las casas de las ciudades escocesas tienen una altura de 5 ó 6 pisos como en París y -contrariamente a las de Inglaterra donde en la medida de lo posible cada quien posee su casa particular- son habitadas por un gran número de familias diferentes; la concentración de numerosas personas en una superficie reducida sigue acrecentándose allí.

"Estas calles", dice un diario inglés en un artículo sobre el estado sanitario de los obreros de las ciudades,"estas calles son por lo general tan estrechas que se puede pasar de la ventana de una casa a aquella de la de enfrente, y estos inmuebles presentan además tal acumulación de pisos que la luz apenas puede penetrar en el patio o en el callejón que los separa. En esa parte de la ciudad, no hay ni cloacas ni retretes o lugares de desahogo dentro de las casas, y. por eso todas las inmundicias, detritos o excrementos de por lo menos 50000 personas son lanzados cada noche en las cunetas y, pese al barrido de las calles, hay una masa de excrementos secos de emanaciones nauseabundas, que no solamente ofenden la vista y el olfato, sino que presenta además un gran peligro para la salud de la población.

(...) Las otras grandes ciudades marítimas apenas son mejores. Liverpool, pese a su tráfico, su lujo y su riqueza, trata sin embargo a sus trabajadores con la misma barbarie. Una quinta parte de la población, o sea más de 45000 personas, viven en sótanos exigüos, oscuros, húmedos y mal ventilados, que suman 7882 en la ciudad. A ello hay que añadir también 2270 patios (courts), o sea pequeños lugares cerrados por los cuatro lados cuya entrada y salida se hace por un pasillo estrecho, las más de las veces abovedado, y por consiguiente no permite la menor ventilación, casi siempre muy sucios y habitados casi exclusivamente por proletarios. Nos referiremos de nuevo a esos patios cuando hablemos de Manchester. En Bristol, se han visitado 2800 familias de obreros de las cuales el 46% no tenía más que una sola habitación. Y hallamos exactamente la misma situación en las ciudades industriales. En Nottingham hay en total 11000 casas de las cuales 7 u 8 mil se hallan pegadas las unas a las otras, de suerte que no es posible ninguna ventilación completa; además, casi siempre hay un solo lugar de desahogo común para varias casas.

(...) En el Lancashire, y particularmente en Manchester, es donde la industria británica tiene su punto de partida y su centro. La Bolsa de Manchester es el termómetro de todas las fluctuaciones de la actividad industrial, y las

técnicas modernas de fabricación han alcanzado en Manchester su perfección. En la industria textil del Lancashire meridional, la utilización de las fuerzas de la naturaleza, la sustitución del trabajo manual por las máquinas (en particular, con el telar mecánico y la Self-actor Mule) y la división del trabajo parecen estar en su apogeo; y si hemos reconocido en estos tres elementos las características de la industria moderna, tenemos que admitir que, también en este punto, la industria de transformación del algodón ha conservado sobre las demás ramas industriales la ventaja que había adquirido desde el comienzo. Pero es aquí también que, simultáneamente, las consecuencias de la industria moderna habrían de desarrollarse del modo más completo y bajo la forma más pura, y el proletariado industrial manifestarse de la manera más clásica. La humillación en que la utilización del vapor, las máquinas y la división del trabajo sumen al trabajador, y los esfuerzos del proletariado por escapar a esta situación degradante, habrían de ser necesariamente, aquí también, llevados al extremo y donde habría de tomarse conciencia más clara de ello. Es por estas razones, porque Manchester es el tipo clásico de la ciudad industrial moderna y también porque yo la conozco como a mi ciudad natal -y mejor que la mayoría de sus habitantes- es que nos detendremos en ella un poco más extensamente.

(...)Manchester, La ciudad propiamente dicha está situada en la ribera izquierda del Irwell, entre esta corriente de agua y otras dos más pequeñas, el Irk y el Medlock, que desembocan en este lugar en el Irwell: En la orilla derecha de éste, encerrada en una gran cueva del río, se extiende Salford, más al oeste Pendleton; al norte del Irwell se hallan Higher y Lower Borughton, al norte del Irk, Cheetham Hill; al sur del Medlock, se halla Hulme, más al este Chorlton-on-Medlock, más lejos aún, poco más o menos al este de Manchester, Ardwick. Todo este conjunto se llama corrientemente Manchester y cuenta por lo menos con 400000 habitantes, sino más. La ciudad misma está construida de una manera tan particular que se puede vivir allí durante años, entrar y salir de ella diariamente sin divisar jamás un barrio obrero, ni encontrarse con obreros, si uno se limita a dedicarse a sus asuntos o a pasear. Pero ello se debe principalmente a que los barrios obreros -por un

acuerdo inconsciente y táctico, así como por intención consciente y declarada- son separados con el mayor rigor de las partes de la ciudad reservadas para la clase media, o bien, cuando esto es imposible, disfrazados con el manto de la caridad. En su centro, Manchester abriga un barrio comercial bastante extenso, alrededor de media milla de largo y ancho, compuesto casi únicamente de oficinas y almacenes de depósito (warehouses). Casi todo este barrio está inhabitado, y aparece desierto y vacío durante la noche; únicamente las patrullas de policía con sus linternas circulan por sus calles estrechas y sombrías.

(...) En el gran barrio que acabamos de citar y que se designa con el nombre de Ancoats, es donde se hallan los canales, la mayoría de las fábricas y las más importantes -edificios gigantescos de seis o siete pisos, que con sus chimeneas esbeltas dominan de muy alto los bajos cottages obreros. La población del barrio se compone por tanto, principalmente, de obreros industriales y en las calles peores de tejedores manuales. Las calles situadas en la proximidad inmediata del centro de la ciudad son las más antiguas, por ende las más malas, si bien están pavimentadas y tienen alcantarillado. Incluso en ellas las calles paralelas más cercanas: Oldham Road y Great Ancoats Street. Más al norte, hay muchas calles de construcción reciente; en ellas los cottages son de aspecto agradable y limpios; las puertas y ventanas son nuevas y recientemente pintadas, los interiores blanqueados propiamente; las calles mismas son más ventiladas, los espacios no construidos entre ellas más grandes y más numerosos, pero esto sólo se aplica a la minoría de las viviendas. Además, existen viviendas en los sótanos de casi todos los cottages, muchas de las calles no están pavimentadas y no tienen alcantarillado y sobre todo el aspecto agradable que no es más que una apariencia que desaparece al cabo de diez años. En efecto, el modo de construcción de los diferentes cottages no es menos condenable que la disposición de las calles. Esos cottages parecen a primera vista bonitos y de buena calidad, las paredes de ladrillos cautivan al transeúnte, y cuando se recorre una calle obrera de construcción reciente, sin fijarse en las callejuelas traseras y en el modo en que son construidas las propias viviendas,

se es de la misma opinión de los industriales liberales quienes afirman que en ninguna parte los obreros se hallan tan bien alojados como en Inglaterra. Pero cuando uno se fija más detenidamente, descubre que las paredes de los cottages no pueden ser más delgadas.

(...)El obrero es obligado a vivir en esos cottages en mal estado porque no puede pagar el alquiler de los mejores cottages, o bien porque no hay mejores en la vecindad de la fábrica, o tal vez porque los mismos pertenecen al industrial, y éste solamente contrata a aquellos que acepten ocupar una de esas viviendas. Desde luego, no hay que tomar al pie de la letra la duración de cuarenta años, porque si las viviendas se hallan situadas en un barrio de gran densidad de inmuebles y si por consiguiente, pese al alquiler más elevado, siempre hay oportunidades de encontrar arrendatarios, los empresarios hacen algún esfuerzo para asegurar la habitabilidad relativa de las viviendas más allá de los cuarenta años; pero incluso en este caso, ellos no superan el mínimo estricto y las viviendas reparadas son entonces precisamente las peores.

(...)La alimentación habitual del trabajador industrial difiere evidentemente según su salario. Los mejor pagados, en particular aquellos obreros fabriles con familiares que pueden emplearse y ganar algo, tienen mientras esto dure una buena alimentación; carne todos los días, y tocino y queso por la noche. Pero en las familias donde se gana menos, se come carne sólo los domingos o dos o tres veces por semana, y en cambio, más papas y pan; si descendemos la escala poco a poco, hallamos que la alimentación de origen animal se reduce a unos trozos de tocino cocido con papas; más bajo aún, este tocino desaparece no queda más que queso, pan, papilla de harina de avena y papas; hasta el último grado, entre los irlandeses, donde las papas constituyen el único alimento. Se bebe en general, con esos manjares, un té ligero, mezclado a veces con un poco de azúcar, de leche, o de aguardiente. El té es en Inglaterra e incluso en Irlanda, una bebida tan necesaria e indispensable como el café entre nosotros, y en los hogares donde ya no se bebe té, reina la miseria más negra. Pero esto es cierto en el supuesto de que el trabajador tenga empleo; si no lo tiene, se ve totalmente reducido a la

desgracia y come lo que se le da, lo que mendiga o lo que roba; si no tiene nada, muere sencillamente de hambre, como lo hemos visto anteriormente. Es fácil comprender que tanto la cantidad de alimentos como la calidad dependen del salario, y que la hambruna reina entre los trabajadores peor pagados -sobre todo si tienen además pesadas cargas de familia-, incluso en períodos de ocupación plena; ahora bien, el número de trabajadores mal pagados es muy grande.

(...) Resumamos una vez más, para concluir, los hechos citados: las grandes ciudades son pobladas principalmente por obreros, ya que, en el mejor de los casos, hay un burgués por cada dos, a menudo tres y hasta cuatro obreros. Esos obreros no poseen ellos mismos nada, y viven del salario que casi siempre sólo permite vivir al día; la sociedad individualizada al extremo no se preocupa por ellos, y les deja la tarea de subvenir a sus necesidades y a las de su familia; sin embargo, no les proporciona los medios de hacerlo de modo eficaz y duradero. Todo obrero, incluso el mejor, se halla por tanto, constantemente expuesto a la miseria, o sea, a morir de hambre, y buen número de ellos sucumben. Las viviendas de los trabajadores son, por regla general, mal agrupadas, mal construidas, mal conservadas, mal ventiladas, húmedas e insalubres. En ellas, los ocupantes son confinados al espacio mínimo, y en la mayoría de los casos, duerme en una pieza por lo menos una familia; el mobiliaje de las viviendas es miserable, en diferentes escalas, hasta la ausencia total incluso de los muebles más indispensables. El vestido de los trabajadores es igualmente mediocre (miserable) por término medio, y un gran número de ellos viste andrajos. La alimentación es generalmente mala, con frecuencia casi impropia para el consumo, y en muchos casos, al menos en ciertos períodos, insuficiente, si bien en los casos extremos hay gente que muere de hambre. La clase obrera de las grandes ciudades nos presenta así una serie de modos de existencia diferentes; en el mejor de los casos, una existencia temporalmente soportable: por un trabajo esforzado, buen salario, buen alojamiento y alimentación no precisamente mala -evidentemente, desde el punto de vista del obrero todo ello es bueno y soportable-; en el caso peor, una miseria

cruel que puede ir hasta carecer de techo y morir de hambre. De ambos casos, el que prevalece por término medio es el peor. Y no vayamos a creer que esta gama de obreros comprende simplemente clases fijas que nos permitirían decir: esta fracción de la clase obrera vive bien, aquella mal, siempre es y ha sido así. Muy al contrario, si bien ese es el caso todavía, si ciertos sectores aislados aún disfrutan de alguna ventaja sobre los de más, la situación de los obreros en cada rama es tan inestable, que cualquier trabajador puede ser llevado a recorrer todos los grados de la escala, desde la comodidad relativa hasta la necesidad extrema, incluso hasta estar en peligro de morir de hambre; y, por otra parte, casi no hay proletario inglés que no tenga mucho que decir sobre sus numerosos reveses de fortuna.

Incluso autores conservadores, como el católico y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, Villermé, se veía obligado a denunciar unas condiciones infrahumanas:

“En Mulhouse las hilanderas y fábricas de tejidos abren por la mañana a las cinco y cierran a las ocho o nueve de la noche... La jornada dura 15 horas, con media hora para el desayuno y una para la comida. Hay que verles llegar todavía de noche en días lluviosos y ateridos de frío. Vienen con ellos grupos de mujeres pálidas, delgadas, descalzas, que se cubren las cabezas con sus faldas, y una caterva de niños tan sucios del aceite de las máquinas, que sus andrajos resultan impermeables. Su miseria es tan profunda, que, mientras en las familias de clase media la mitad de los nacidos llega a la edad de veintinueve años, en las familias de tejedores e hiladores la mitad muere antes de los dos años”.

FEDERICO ENGELS 1845 *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Selección